

LIBROS

Conversaciones entre dos castellanos

Los domingos en que no hay veda, Miguel Delibes coge la escopeta y el perro y va de caza. Su fin de semana no es el del café asfáltico que cumple la obligada función social del «week-end», ni tampoco el perdició dominguero del prócer con dividendos y coto. Es algo como un rito de regreso a la tierra, a los orígenes y al primitivismo, una toma de fuerzas para aguantar otra semana sumido en una sociedad que no le gusta. En los días laborables, Delibes, reconciliado con este mundo después del baño dominical de naturaleza, da sus clases en la Escuela de Comercio, cumple su diario trabajo en «El Norte de Castilla» y escribe. «Toda la aventura del escritor —dice César Alonso de los Ríos en «Conversaciones con Miguel Delibes»— se reduce a una larga escapada a la Naturaleza y una empedernida entrega a la escritura. Ambas actividades responden a la misma pasión: su tendencia solipsista... El escritor no asiste a tertulias ni hace vida social. Estas costumbres no han variado a lo largo de un cuarto de siglo.

Durante esos años, la figura de Delibes se ha ido afirmando, aclarando. De un nombre más en la extensa lista de los nadales (lista de reyes godos en nuestra no excesivamente gloriosa literatura contemporánea) ha pasado a ser autor clave en la novelística de ahora. Su andadura ha sido constante y firme, como la del ciclista que no gana muchas etapas pero que, colocado en todas, queda al final clasificado en los lugares de cabeza. Es un corredor de fondo. Y hoy ya —con caracteres muy definidos, tópicos a fuerza de serle tópicos, ajeno a las modas que utiliza sólo en la medida que le son necesarias, cronista de la pequeña burguesía y los pueblos castellanos, mesurado en las ideas pero

radical a la hora de sostenerlas— Miguel Delibes es objeto de atención creciente por los estudiosos de la narrativa española actual.

Las «Conversaciones» de César Alonso, editadas por Novelas y Cuentos, son, por ahora, el último libro sobre el novelista vallisoletano. Ha tenido suerte Delibes con el autor. Porque Alonso de los Ríos, castellano como Delibes, comparte con él muchas preocupaciones y es, además, su amigo desde hace años. No hay así por parte de Delibes actitudes de reserva, ceorrosos previos, ni tampoco por parte de Alonso posturas fáciles de ir a hacer el número, veleidades capitalinas de cargarse a la figura honesta pero aparentemente «demodé» del escritor preceptivamente provinciano; muy al contrario, ha ido con afán de salvación, de explicación y, como conoce el paño, ha sabido sacar de Delibes facetas que éste no había dado en sus obras, mostrando las razones últimas, esas que escapan en ocasiones al simple analista de la obra. Por eso el libro, aparte de un documento de primera mano, es como una novela, y su lectura tiene la fluidez de un relato de ficción. Uno, como lector, lamenta la escasez de páginas al estilo de la dedicada a la descripción del abandonado pueblo de Cortiguera.

La obra consta de una introducción, cuatro partes («Muerte y sociedad», «La aventura de escribir», «Castilla», «La naturaleza, último mito») y un epílogo («Sedano, refugio de recuperación»). El relato dialogado de la larga escapada a la naturaleza y la crónica del camino recorrido en la tarea de escritor forman el entramado fundamental de las conversaciones; pero éstas sirven para enseñarnos más cosas. Se pasa revista al curso de nuestra novela de posguerra, a la función del escritor, a las diferentes tendencias novelísticas. Al largo oficio periodístico de Delibes en «El Norte» y a las incidencias de la ley Fraga, que, entre otras cosas, ocasionaron el cese del novelista como director («la ambigüedad no es mi elemento»). La guerra («Valladolid no fue ni más ni menos falangista que otras ciudades. La CEDA sí fue en su día una gran fuerza numérica, como antes lo había sido el albismo; pero en la ciudad contaban también los socialistas de la Renfe y del grupo de Cabello»). La televisión («Van a terminar diciendo

okay en el pueblo más remoto»). Castilla («Este régimen de mecanización del campo tiene que ir acompañado de otra cosa: una reforma agraria»). Su peripecia vital («Yo crezo donde me plantan, como los árboles. La fidelidad a mi mujer, a la amistad, a la ciudad en que vivo, no encierran el menor mérito, porque, en tanto no me reintegro a mi familia, a mis amigos, a mi ciudad, me considero viviendo en régimen de provisionalidad»). Su tarea de escritor: «El escritor, el novelista, alumbrando la parcela de mundo que le ha caído en suerte. A mí me ha tocado Castilla...». ■ VICTOR MARQUEZ.

Las «Historias peregrinas y ejemplares», un texto clásico

La labor de poner al día aquellos textos considerados como clásicos, o bien aquellos otros que, poco conocidos, arrojan cierta luz sobre la secuencia histórica de la literatura hispana, situándolos en su contexto y facilitando la aproximación del lector a los mismos, constituye una tarea por demás encomiable y que de un tiempo a esta parte Ediciones Castilla se encarga de llevar a cabo. Un nutrido grupo de especialistas respalda la edición de cada texto en cuestión, incorporando prólogos, cronologías, referencias y citas aclaratorias. Este es el caso —por citar uno— de la edición de las «Historias peregrinas y ejemplares» de Gonzalo de Céspedes y Meneses, un oscuro personaje de comienzos del siglo XVI, frustrado hombre de Indias y escritor por mor de las circunstancias.

Más de la mitad de la vida de Gonzalo de Céspedes transcurrió en cárceles, destierros y escándalos, la mayoría de las veces por motivos sobre los que se tiene escaso conocimiento. Su obra se proyectó sobre dos géneros literarios, el histórico y la novela. Con respecto al primero cuenta con tres obras:

«Historia de los sucesos de Aragón», dedicada a esclarecer los acontecimientos provocados en Aragón por el asunto de Antonio Pérez.
«Historia de Felipe IV», re-

lato casi cronológico del reinado de este monarca, dedicado a paliar los efectos que la crítica político-social contenida en la obra anterior había producido.

«Francia engañada, Francia respondida», escrita en contestación a la literatura anti-española publicada en Francia entre enero de 1634 y junio de 1635, fecha en la que estalla la guerra franco-española.

Tres son sus novelas: «El español Gerardo», escrita en la cárcel y en gran parte autobiográfica, relata las peripecias cróticas de Gerardo con Clara, Jacinta, Nise y Lisis, cuyas tesisuras dan origen a una serie de amargas reflexiones, aún más singulares por cuanto se supone que el autor mantuvo un prolongado celibato. «El soldado Pindaro» constituye una novela de lances aventureros y arranque picaresco, preludio en cierto modo de las «Historias peregrinas y ejemplares». Es esta una colección de relatos cuyo desarrollo transcurre en diversas ciudades españolas, permitiendo al autor una detenida y erudita serie de datos históricos, enmarcando unos relatos de naturaleza dramática, rozando el moralismo. No obstante, el mayor valor de estos relatos radica en la descripción urbana de los lugares elegidos para la acción, así como en el análisis de las motivaciones y normas de comportamiento en una sociedad tradicional, en la que ya se apuntaban, en cierta medida, oscuros rasgos de imposibilidad histórica. ■ E. CHAMORRO.

El futuro, como típica proyección del presente

Hacer un resumen de cuanto el hombre ha pensado con respecto a su futuro a lo largo de la Historia no parece tarea nada fácil. Hacerlo, además, sin caer en un eruditismo exhaustivo o en una simple catalogación teórica ya entra en el terreno —siempre resbaladizo, por otra parte— de lo importante. W. H. G. Armytage, profesor de la Universidad de Sheffield y conocido especialmente por su «Historia social de la tecnocracia», nos propone en «Visión histórica del futuro» (1) ese enfoque global sin caer casi nunca en los dos extremos que mencioná-

bamos. Intentando mostrar «cómo, a partir del largo proceso de ensueños preparatorios, de encuentros imaginados, de deseos de realización y de proyecciones compensadoras, está emergiendo un debate constructivo sobre el mañana, que nos proporciona modelos operacionales de lo que mañana podría, o debería ser», Armytage lanza su mirada de sociólogo sobre un conjunto de predicciones que abarcan desde los profetas judíos hasta los autores contemporáneos de ciencia-ficción. Más allá del interés y curiosidad que supone comprobar el acierto o error que experimentaron teorías adelantadoras que incidían sobre un futuro-pasado ya conocido por vosotros o sobre un presente en el que vivimos (en 1880, por ejemplo, W. D. Hay predijo la ruina de Londres en 1942; para 1985 sitúa el reverendo Tuckwell en su «The new Utopia», escrita un siglo antes, la devolución de Gibraltar a España), más allá de este acertijo del que sabemos la solución, insisto, se encuentra el análisis coherente con que Armytage ha amalgamado todo el amplio aparato teórico de su volumen.

Unido a una ironía y sentido del humor que se hace sobre todo perceptible en la primera mitad del libro, dicho análisis permite clarificar cómo en cualquier predicción del futuro late hasta límites insospechados la conciencia de un presente, que es quien —en profundidad— determina los auspicios emitidos sobre el tiempo que ha de venir. Junto a un pensamiento ideológico e incluso superándolo, en todos cuantos augurios, utopías, anticipaciones y «futopías» repasa sintéticamente. En «Visión histórica del futuro» se halla un conjunto de frustraciones, condicionamientos, anhelos, aspiraciones y temores perfectamente identificables con la época en que cualquiera de esas teorías fue emitida. Lo que las conduce a una doble posibilidad de crítica o evasión, caminos ambos reconocibles sin duda en la ciencia-ficción de hoy. Lamentemos únicamente la poca consistencia de los apartados que se dedican a Marx y Engels, tan superficiales como erróneos. ■ F. L.

(1) «Visión histórica del futuro» («A historical survey of future societies»), 1968, de W. H. G. Armytage. Ediciones Península, Colección Historia, Ciencia, Sociedad, número 70. Barcelona, 1971.